

capaces de entusiasmarse por su nacionalidad con un papantismo realmente alarmante. Si la película es francesa y, además, plantea algún problema importante, los alaridos de entusiasmo llegan hasta nosotros. Es el caso de esta película donde, además de la condición francesa de su realizador, se une la "denuncia" de la situación por la que atravesaron los judíos en la Francia ocupada. No importa que esa "denuncia" se establezca por el sentimentalismo, por la blandura de unos niños nada representativos ni interesantes, por la ausencia de datos que realmente configuren la historia como una aportación a algo ya conocido y trillado hasta la saciedad. (No hay más que acercarse a un festival extranjero —el último de Berlín, por ejemplo— para contar por bloques las películas sobre la situación de los judíos en la segunda guerra mundial). La moda se crea también por los sanos dividendos de la taquilla y no hay por qué sorprenderse del oportunismo de muchos de esos directores o productores por no dejar escapar la ocasión de su enriquecimiento.

No sé si esto último corresponde a "Una bolsa de canicas", pero sí es cierto que, separándola del juicio a sus "intenciones", nos encontramos con una película cien veces vista, sin emoción ni coraje, llena de tópicos y banalidades por muy auténtica que sea la anécdota

"Una bolsa de canicas", de Jacques Doillon.



que narra. Jacques Doillon fue premiado en el último Festival de Cannes por su película "La drôlesse", a la que no añadió demasiados nuevos valores, según se puede comprobar ahora viendo esta obra suya anterior. Bondadoso y blando, no hay por qué meterse con él. Sólo que, de vez en cuando, a uno le da el arrebato por exigir un poco más de imaginación. El cine es caro y hace calor. ■ D. G.

DISCOS

La leyenda de Emilio Cao

La prolífica serie Guimbarde —que cumple estos días su primer año de existencia— acaba de editar el que, posiblemente, sea su mejor disco de artista español, en toda la ya amplia colección. Y uno de los más sobresalientes de todo el catálogo general donde, no lo olvidemos, se ha publicado algo del folk-rock británico más histórico (Pentangle, Dave Swarbrick, John Renbourn), así como una atractiva representación de la "música de las nacionalidades", entendiendo por tal la expresividad popular, tradicional o contemporánea, de numerosas comunidades: Bretaña, Occitania, Galicia, Portugal, Italia, Puerto Rico e, incluso, los Balcanes, el Pakistán o la Luisiana estadounidense.

Ahora el segundo Lp de Emilio Cao (1), "La leyenda de la piedra del destino", marca seguramente un hito, no solamente en la evolución de la entusiasta y cuidada serie, sino también, en el momento actual de la música gallega, tan necesitada, como toda la española por demás, de salir del "impasse" del "pos-franquismo", entendido como categoría estilística. En efecto, este es un trabajo donde —como ya hacía presagiar e intuir su álbum inicial— Emilio Cao realiza la síntesis casi perfecta entre folklore y música contemporánea, guardando al mismo tiempo lo que es más valioso de su experimento: una personalidad genuina y deslumbrante, que remite a lo gallego inmedia-

(1) C. F. E.—Sello Guimbarde GS-1107.

Cultura a la contra

¿Decadencia de Occidente?

¡Por favor! Entre milenaristas, reformadores sociales aquejados de insoportable y agudísima miopía, revolucionarios que han perdido la posibilidad de una revolución, derechistas que no osan decir su nombre y otros apocalípticos, nos están contando una historia para niños tontos, a saber: que nuestro mundo se acaba, que la civilización que conocíamos se hunde irremediablemente. Y la culpa de esta destrucción —tan alarmante, al parecer; aunque a mí y a otros nos parezca bastante deseable el que todo esté aburridísimo horror que sufrimos se vaya al cuerno— la tienen: a) los jeques y ayatollahs que cierran las llaves de su petróleo; b) los jóvenes —de doce años, incluso, nos dice la voz mentirosa y loca de la TVE— que se drogan y organizan bacanales a la salida del colegio, con pegamento de cromos; c) las famosas "contradicciones del sistema capitalista"; d) la imposibilidad de la revolución, que podría cambiarlo todo para que nada cambiase. El caso es que todos los hombres serios, de la derecha salvaje o de la civilizada —porque ya no hay izquierdas, y todo es una cuestión de buenos o malos modales—, están de acuerdo en que esto se acaba; o sea, en que se les va a acabar el chollo y se van a tener que buscar otro empleo, en un mundo incomodísimo, sin ascensores ni agua caliente, donde a lo mejor domina ya la Bestia 666, la del Apocalipsis.

Casi resulta ingenuo decir que todo esto es mentira; y que es lástima que lo sea, porque a lo mejor un mundo en crisis resultaba mucho más divertido, y nos daría la oportunidad de cometer algunas atrocidades antes de acabar. Como los pobres pestíferos de "Nosferatu" —del nuevo, del de Herzog, digo— podríamos montarnos un buen banquete final antes de morir. Pero no: lo que llamamos "Occidente", con un despiste geográfico impresionante, no decae para nada. Lo que ocurre es que el sistema en que Occidente vive falla un poquito, tiene sus grietas, y hay que remendarlas, taponarlas; nada que un buen fontanero —no un nuevo Hitler, claro, verdadero chapucero de la Historia; pero sí un socialista "de rostro humano", o un centrista de camisa muy bien planchada— no pueda arreglar en un periquete.

Lo que sí está en decadencia es el material humano, es decir, somos cada vez más manejados, y nos va cada vez peor. Y es normal: los valores éticos y aun estéticos por los que nos guiábamos resulta que ya no valen. Pero si valen las prohibiciones, y nos resulta imposible movernos en libertad, o de acuerdo con una nueva escala de valores; porque los señores o el aparato que impondría esa nueva escala, todavía no tiene claro lo que va a hacer, y nos deja en la duda, en la imposibilidad de movernos en cualquier sentido. Y no es que nosotros —al decir "nosotros" me refiero a una clase de seres humanos, joviales y bien intencionados, que todavía no se han tragado del todo el cuento de que esto se va al garete, y que nuestra obligación es hundirnos con un barco del que ni siquiera somos capitanes, sino más bien pinches de cocina— no sepamos qué nos gustaría hacer; es que no nos dejan. Es que en este mundo que se hunde sigue funcionando un aparato represivo perfecto, con sus policías, sus jueces, sus Dioses y sus Diablos. Ni siquiera enamorarnos podemos, no sea que ofendamos a una moral que ya no está vigente. El superego de Freud no ha sido destronado, y sigue dictando las mismas leyes, ya anticuadas y sin sentido.

Occidente, digan lo que digan, no decae: se afianza, busca un nuevo jueguito para seguir manteniéndose. No hay orgías ni bacanales, y el problema de la droga —ese fantasma sin rostro— no es tan alarmante; al menos, no lo es más que hace unos siglos, cuando la droga oficial y más extendida era el Cariñena. El sexo, ese Eros al que el cristianismo volvió perverso, la socialdemocracia imperante en el mundo entero lo está matando de aburrimiento. Y ya nos darán petróleo. O cualquier otra fuente de energía, para mover los robots sin seso ni sexo en que nos están convirtiendo. ■



Emilio Cao.

tamente, pero que se eleva con fuerza universal por encima de las contingencias y de las manidas "señas de identidad".

Plenamente enmarcado en la corriente imparable de "sonoridad celta", deudor seguro de la obra y del espíritu de Alan Stivell, sería un error calificar a Emilio Cao como un producto de la moda superficial, o un oportunista subido al carro de "lo que se lleva". En primer lugar, porque ni siquiera en estos momentos el "sonido celta" mueve montañas (aunque sí arrastra unas cuantas multitudes), ni, previsiblemente, cuenta con el apoyo del gran sector crítico más propenso al rock y sus múltiples derivados. Así que, de comercial esta música, más bien poco.

Y, fundamentalmente, porque el aún joven, pero ya calvo, Emilio Cao es un músico como la copa de un pino. Probablemente, a la altura de un Lluís Llach en cuanto a capacidad compositiva; parangonable a un Amancio Prada por lo que a intensidad emocional se refiere, y experimentador y arriesgado como ciertos artistas vascos o andaluces del presente.

"A lenda da pedra do destino" combina sabiamente momentos instrumentales de una idílica y ensoñadora belleza serena, con cuentecitos y poemas de palabras susurrantes y bucólicas imágenes. Quizá demasiado etéreas para los abigarrados habitantes de la sociedad urbana, pero no olvidemos que Cao procede y se interesa más por el rescate o el recuerdo de ciertos va-

lores campestres, hoy en desuso. Pero también hay inquietantes líneas que nos remiten a realidades del inconsciente o del subconsciente, mundos que el poeta sabe tan propios como las verdes y húmedas campiñas exteriores:

Además de compositor y estudioso del folklore gallego-celta, no solamente el sonoro, sino el literario y el popular, Emilio Cao es un multifacético instrumentista. En el disco aquí comentado exhibe una poderosa cantidad de artilugios, que van desde la clásica arpa, hasta la asimismo legendaria zanfona. Pasando, no se crea que todo es pretérito, por aparatos eléctricos como el bajo o el "teclado wellson". Asimismo, guitarra acústica, mandolina y "citola". Pocos músicos, y menos canta-autores, pueden demostrar, en España, tal variedad de conocimientos. Únicamente la gaita, flautas o percusión de Xoan Silvar acompaña el casi-monólogo de Cao que, sin embargo, resulta en todo momento rico y lleno de luces. Para acabar el disco, Cao se rodeó de tres músicos irlandeses, para grabar un prometedor y extensivo tema de acercamiento a otras culturas celtas. "Bienvenidos a las tierras del Norte" se constituye en el justo punto final de una etapa, y quizá preludio de una subsiguiente, donde la "galluguidad" de nuestro autor se entronque aún más al resto de los pueblos celtas. La piedra del destino habrá recorrido entonces, otra vez, su camino. Y la leyenda continúa... ■ ALVARO FEITO.

MUSICA

La muerte de Alfred Deller

A los sesenta y siete años, cuando preparaba importantes realizaciones para próximas temporadas, ha muerto el contratenor Alfred Deller, gloria nacional inglesa, y el mejor cantante de un país de cantantes. De un lado, la parquedad y redundancia de nuestra actividad concertística; de otro, la lejanía de sus grabaciones para Vanguard y la azarosa representación española del sello Harmonia Mundi, han hecho a Deller un



Alfred Deller.

músico más a sumar a la lista de ilustres desconocidos en nuestro país.

Había nacido en Margate, el 30 de mayo de 1912. Era un contratenor natural, lo que quiere decir que su voz era auténticamente de contralto, y no tenía que recurrir al falsete. Dedicado desde sus comienzos a la tradición musical británica, que favoreció siempre esa singular especialidad vocal, Deller fue objeto de sucesivos descubrimientos. Michael Tippett le escuchó en Canterbury, y le hizo debutar en Londres. Gustav Leonhardt le recomendó a los directores de Vanguard, sello discográfico norteamericano para el cual Deller trabajaría durante más de una década, y donde en-

contró a algunos artistas que, como Nikolaus Harnoncourt, propugnaban una manera distinta de interpretar la música anterior al clasicismo.

Con parecida intención, pero criterios menos historicistas, Deller había fundado en 1948 el grupo que llevaba su nombre, el Deller Consort. A su frente desarrolló una importante actividad, de la que sólo le apartaron sus ambiciosos proyectos de los últimos años, más un explicable cansancio —se veía obligado a actuar por todo el mundo más de siete meses al año—, y la seguridad de haber dejado el relevo en buenas manos, las de su hijo Mark, también contratenor y también músico aventajado. A lo largo de los años, el terreno de sus investigaciones e interpretaciones se había ido ampliando: en el tiempo, llegó bastante más atrás del Barroco y el Renacimiento; en el espacio, hizo pronto famosas sus versiones de muchos compositores continentales, sin excluir a Bach.

El Consort centraba la mayoría de sus ocupaciones. Más tarde, aún encontraría tiempo que dedicar a la dirección artística de su propia etiqueta de discos, Deller Records, dependiente de la casi familiar Harmonia Mundi. Pudo hacer, no obstante, destacada carrera como solista, incluso en música de nuestro siglo; Benjamin Britten escribió para él el importante papel de Oberon en la ópera "El sueño de una noche de verano".

Multitud de partituras históricas revisadas, cantidad de montajes escénicos puestos al día, dan testimonio de su dilatada labor. Quedan también sus discos, y especialmente los dedicados a la música británica. Recuerdo ahora sus incomparables ediciones gramofónicas de las célebres "Queens" de Purcell, "The Fairy Queen" y "The Indian Queen"; también una animada versión de "Dido y Eneas", que encuentra más competencia. Pero es inútil tratar de hacer reseña de una serie inacabable de grabaciones, entre las cuales se distinguen numerosas piezas de coleccionista, aunque pocas, por no decir ninguna, se vean en esas "discotecas básicas" que denuncian la orientación teutónica del gusto musical. En algunas facetas del arte, Gran Bretaña parece más isla. ■ JOSE RAMON RUBIO.